

Daga amarga

Danna Sofía Fúel Rodríguez

Estudiante del Programa de Administración de Negocios Internacionales

Habían arrancado mi alma silenciosamente, bajo el pudor de la noche. La masacre, crueldad su nombre, era estigma de un excesivo amor.

Un cadáver sollozaba con grotesca mirada, cuyo corazón carecía de latido alguno bajo el roce de una daga.

Y en el tortuoso lamento de las tinieblas, su retrato me hacía un reproche y con gran insistencia me pidió recitar el poema que escribí a su nombre.

“He de desvanecerme en cuanto a la noche abarca, y ángeles colorados me ven penetrar en los sueños de mi amado.

He de ser injusta con el reloj si así fuese necesario, robando algunas de sus horas para contemplar los ojos de mi amado.

Y no habría oscuridad más galopante que la oscuridad que marcaba su ausencia; entonces me desvelé por amarle eternamente.

Y fue nuestra locura recíproca tan maravillada, que no habría quien, además del Edén, capaz de entender.

Y las noches se ciernen en el perpetuo deseo de despertar mirándole en cuanto llega al amanecer.”

Al finalizar recité por lo bajo mi último pensamiento:

“Si el dolor brillara, lo haría al oeste de un gélido polo cubierto de cenizas y alarmantes ventiscas.

Al atardecer, el rojizo de sus labios se tornaría más prominente, siendo él mi excusa para ahuyentar a la muerte... ¿A qué costo? Al de congelar al maldito corazón por un suspiro; uno de él”

Más tarde morí en silencio, sin excusa alguna, además de la de su memoria.

Al